**Domingo 3º de Adviento A (17.12.2017): Juan 1,6-8. 19-28.**

***“Soy la voz del que clama en el desierto”.* Te lo digo y lo escribo CONTIGO.**

Las gentes de la iglesia, el sacerdocio en concreto, nos propusieron hace quince días la lectura del Evangelio de Marcos y en el tercer domingo de este año ya nos piden que dejemos la lectura de Marcos y nos vayamos a escuchar al Evangelista Juan. Si alguien más capacitado entiende esto, que nos lo explique. A estas gentes les importa su Adviento, no el Evangelio.

Se nos propone una lectura en el cuarto Evangelio, el de Juan. Dos trozos recortados y pegados (1,6-8, por un lado y 1,19-28, por otro). Por qué o para qué. Me los he leído varias veces y deduzco que es para que los participantes en la celebración sacerdotal de la misa, las gentes del ‘laos’ (laicado o pueblo), tomemos nota de quién fue y de qué hizo Juan el bautizador. De éste y de esto ya leímos, escuchamos y comentamos el domingo pasado.

Lo que hacía Juan en su tiempo lo hacía Juan, a nadie pidió permiso para hacerlo y de nadie recibió orden alguna para hacerlo. Esto parece muy sencillo, pero resultó ser muy innovador, sorprendente: *“Las autoridades judías del Templo de Jerusalén enviaron sacerdotes y levitas a preguntar a Juan quién era. Y este fue su testimonio… Yo no soy… Yo no soy… Yo no soy… Yo soy voz del que grita en el desierto”* (Juan 1,19-23).

Sé, imagino, que más de uno de quienes lean esto que acabo de escribir me dirá: Amigo, ¿no se dice en el comienzo de la lectura de este domingo que *“hubo un hombre enviado por Dios que se llamaba Juan”?* (Juan 1,6). Y yo añado también, porque ambos leemos y pensamos con cierto sentido crítico: Dios envió a Juan, como dice el texto evangélico, pero envió también a los sacerdotes del templo y a sus levitas y… a ti y a mí. ¿A quién no? Envía a cada uno.

 Todos fueron y somos enviados y, a la vez, cada cual decide qué decir y qué hacer. Aquel Juan decidió bautizar y Jesús de Nazaret, como había dejado escrito el viejo Isaías, decidió gritar sus mensajes en el desierto. ¿En el desierto? Eso leemos o se nos lee en Juan 1,23. ¿Para qué sirve hablar, gritar, anunciar, predicar, evangelizar en un desierto? ¿Quién o quiénes escucharán?

¿Cuesta tanto comprender que ese ‘desierto’ del que habla el Evangelista no es otra realidad que la institución del templo de Jerusalén y la permanencia de la Ley de Moisés dentro de ella? Tanto Juan el bautizador como luego también Jesús de Nazaret se encontraron con un templo de Jerusalén y su sacerdocio ‘secos, vacíos, sin vida’ como si ambos (templo y sacerdocio) fueran un desierto.

Las neuronas cerebrales de los fariseos (1,24-28), que son los hombres de aquel desierto del templo y del sacerdocio, no comprenden por qué bautizaba aquel hombre llamado Juan. Y es muy posible que nuestras neuronas de lectores de hoy tampoco comprendan muy bien por qué bautizaba aquel hombre. Seguramente se podrá comprender por qué bautizaba Juan si se sigue leyendo críticamente el relato del Evangelista, pero esto no se hace en la asamblea de la celebración de la misa o eucaristía. Me atrevo a entender que los celebrantes sacerdotales sólo desean que nos quedemos con la imagen de un Dios del alejado cielo estrellado que envió a un hombre para que preparara la llegada de otro Dios, hijo de ese Dios. ¿Y fue esto verdad?

**Domingo 3º de Lucas (17.12.2017): Lucas 1,26-38**

***“El reinado de Dios está dentro… de ti y de mí” (Lucas 17,21)***

En el comentario anterior nos leímos el relato del anuncio del nacimiento de Juan, el futuro bautizador (Lucas 1,5-15). En el texto siguiente, el Evangelista Lucas nos cuenta el anuncio de un nuevo nacimiento, el de Jesús de Nazaret : *“Al* ***sexto*** *mes fue enviado por Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada… llamada María…* (1,26-27) *También Isabel… ha concebido… Y éste es ya el* ***sexto*** *mes de aquella que llamaban estéril…”* (1,36).

La sola lectura en paralelo de ambos relatos nos descubre semejanzas y diferencias muy significativas. El mismo anunciador y el mismo anuncio. Gabri-el (de ‘geburá’, fuerza, y ´el’, dios), que es fuerza de Dios, es el anunciador que ya conocemos del profeta Daniel y del capítulo noveno de sus escritos. Este mismo anunciador anuncia el nacimiento de dos niños: el uno, de una mujer anciana y estéril (Juan); y el otro, de una mujer joven que no tuvo relación sexual alguna con ningún varón (Jesús).

Estos dos niños, según cuenta este Evangelista, solo llegaron a encontrarse de tú a tú cuando tenían unos treinta años (Lucas 3,23). La iconografía religiosa, poco evangélica, los ha pintado y modelado como inocentes criaturas infantiles que juegan y se divierten con tiernos y blancos corderitos bajo la atenta mirada de sus madres respectivas.

Esta escena que nos cuenta Lucas dio origen a la singularísima y tradicional práctica devocional llamada ‘El Ángelus’. Seguramente, un buen porcentaje de creyentes que asiduamente viven la experiencia del rezo de Ángelus a las doce de la mañana de los días pares o impares del mes nunca se han leído este relato tal como está contado por quien lo escribiera.

Espero que sean muchas las personas que caigamos en la cuenta de uno de los mensajes, por lo menos, que aquel Gabriel le anunció a María y que transcribo para su mejor recordatorio: *“vas a dar a luz un hijo… Él será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre. Reinará sobre la casa de Jacob-Israel por los siglos. Y su reino no tendrá fin”* (1,31-33).

Cuando el lector haya acabado de leer la primera parte de la obra de este Lucas que es su Evangelio caerá en la cuenta de que estas afirmaciones sobre Jesús de Nazaret no llegaron a cumplirse jamás. ¿Lucas hizo que aquel Gabriel de Dios fuera un mentiroso?

Si alguna cosa es cierta y subrayada por los cuatro testigos y Evangelios sobre Jesús es que éste hombre nunca fue ‘grande’ ni lo deseó ni lo pretendió. Es más, este asunto fue la cuestión primera y más importante de la celebración de su última cena: *“Entre ellos hubo también un altercado sobre quién de ellos parecía ser el mayor… Yo estoy en medio de vosotros como el que sirve”* (Lucas 22,24-27). ¡Ésta fue la ‘grandeza’ anunciada para este niño!

En aquella cena, ¿no dicen muchos que se inauguró la eucaristía? **¿Y no se nos dijo a todos: *‘haced esto en memoria mía’*** (Lc 22,19). Esta ‘grandeza’ de Jesús, ¿no deberá ser la eucaristía?